

ISMAIL KADARÉ

1936



Ismail Kadaré Nació en Gjirokastër, al sur de Albania, en 1936. Está considerado como uno de los mejores escritores europeos actuales y un clásico de la literatura del siglo XX. Galardonado con múltiples premios internacionales, es autor de una producción narrativa, poética y ensayística de cerca de cincuenta títulos, traducida a más de cuarenta idiomas. La mayor parte de su obra literaria, de gran influjo en su país, fue escrita y publicada bajo el régimen de Enver Hoxha. Jugó un destacado papel en el esclarecimiento internacional del drama de los albaneses en Kosovo. Después de exiliarse en París en 1990, tras la instauración de las libertades democráticas en Albania regresó a su residencia en Tirana, que ahora comparte a temporadas con la parisiense. Entre su amplísima obra narrativa figuran las novelas: *El general del ejército muerto*, *El invierno de la gran soledad*, *El palacio de los sueños*, *Crónica de la ciudad de piedra*, *El año negro*, *El concierto* (todas ellas traducidas al castellano) y muchas otras. Simultáneamente en París y en Tirana, acaban de aparecer *El heredero* y *La hija de Agamenón*. Una antología de su obra poética, fragmentada en múltiples publicaciones a lo largo de los años y que ya conoce edición francesa, aparecerá próximamente en español en México.



Ismail Kadaré y esposa Helena, Tirana 1975.





LA NOCHE DE LA ESFINGE

ISMAIL KADARÉ

Todos saben que cualquiera tiembla de miedo ante mí. Pero tal vez a nadie se le haya ocurrido imaginar cómo tiemblo yo misma. Al igual que ellos, de miedo.

Quando el primer velo del crepúsculo ensombrece la llanura, da comienzo también mi angustia. Toda sombra de caminante que se atisba en la distancia, toda otra sombra causada por las tinieblas, por el brillo de la luna o por cualquier criatura comienza a aterrorizarme. La funesta sospecha de que esa sombra sea la del hombre que se dirige hacia mí con esa pregunta fatal que yo no sabré responder me paraliza por completo.

Jamás imaginé que el horror que yo provocara en las gentes me sería retribuido con la misma moneda. Aunque puedo decir sin miedo a exagerar que el terror que yo experimento es mucho mayor y más enervante que el suyo. Por increíble que esto suene, desgraciadamente es verdad. Mientras que el espanto de ellos se concentra en mi solo ser, la angustia mía puede ser provocada por cualquiera de ellos. Y no existe cosa más horrenda que una angustia de procedencia desconocida, de la que ignoras de dónde viene y de quién emana.

Las gentes me llaman esfinge. Es decir, sofocadora, asfixiante. Ellos creen en verdad que los voy a ahogar cuando no sean capaces de responder a mis preguntas. En realidad yo les hago preguntas completamente normales, pero ellos están ya por anticipado tan horrorizados por lo que han oído decir acerca de mí que se ofuscan, se quedan sin aliento, desfallecen.

Es comprensible que no se de siquiera el caso dé que también ellos me formulen preguntas a mí, aunque así fue establecido en nuestro acuerdo ini-



cial, cuando me aceptaron como esfinge. Esta era en realidad la esencia del acuerdo: yo tendría el derecho de castigarlos si no eran capaces de responder a mis preguntas pero, en contrapartida, ellos tendrían igualmente el derecho de preguntarme y de castigarme en caso de ausencia de respuesta. Es de imaginar que esto último fue poco a poco quedando en desuso (mi venganza contra aquellos que osaron balbucear cosa alguna que pudiera tal vez constituir la forma embrionaria de la futura pregunta, tuvo su efecto), y de este modo lo único que se perpetuó fue mi derecho a preguntarles y a castigarles.

Pero el desuso no implica el olvido. Yo sé bien que en algún lugar corre de boca en boca, por tenue que sea, el recuerdo de nuestro pacto primigenio y, por mucho que nadie hasta hoy lo haya puesto en ejecución, su idea pervive entre las gentes. Y cuando pervive la idea, tarde o temprano habrá que esperar sus frutos.

Todo esto es lo que me viene a la mente, sobre todo cuando se acerca la noche. Por más que me esfuerce en apartarlo de mi mente, no logro vivir un solo momento sin imaginar al hombre que habrá de superar su propio miedo para formularme la pregunta. Cualquiera que esta sea, ya desde ahora mismo presiento que perderé a tal punto el control que no seré capaz de responder. Y ese será el inicio del declive.

Mi caída tal vez no se produzca de forma súbita, como un rayo en el cielo sereno, pero este es un vano consuelo. La caída lenta es la más desesperante. El rumor correrá de boca en boca, peor que un terremoto removerá mis cimientos. Más tarde, cuando esta historia sea recordada por las futuras generaciones humanas, es probable que el largo periodo de mi declive se resuma en unos pocos instantes, tal como de ordinario tiende la mente humana a concentrar los hechos. A decir verdad, yo preferiría el sepultamiento súbito antes que un suplicio prolongado, a lo largo de los años, pero esto, al igual que muchas otras cosas, no depende de mí.

Las sombras del crepúsculo se espesan cada vez más. Junto con el frío de la noche siento la angustia igualmente helada invadirme por entero. Es la angustia que yo misma he creado imaginando que, cuanto más abrumara a los hombres con ella, tanto más quedaría yo libre de su peso. Pero el destino ha querido que sucediera al contrario.

6 de febrero de 1986

Relato inédito en castellano. Traducción del albanés: Ramón Sánchez Lizarralde



ISMAIL KADARÉ

INCLUSO CUANDO EL RECUERDO

Incluso cuando mi recuerdo fatigado,
como los tranvías después de medianoche,
sólo en las paradas principales se detenga,
yo jamás te olvidaré.

Recordaré
el crepúsculo callado e interminable de tus ojos,
el gemido ahogado contra mi hombro
como una nieve imposible de sacudir.

Ha llegado el final.
Me voy lejos de ti.
No hay razón para extrañarse.
Sin embargo alguna noche
los dedos de otro vendrán a entrelazarse
con los míos en tu pelo,
unos dedos de miles de kilómetros de largo.



VOSOTROS LLEGARÉIS

Vosotros llegaréis en años más serenos,
muchas palabras nuestras os parecerán sin sentido,
porque muchas otras las habrá borrado el tiempo,
al igual que tal vez también los tigres se hayan extinguido.

Al penetrar en las ruinas robustas
e imponentes de nuestros poemas
con vuestra fría lógica,
puede que tratéis de juzgarnos.

Las ruinas guardarán silencio.
Sólo que el eco
os devolverán de vuestras voces.
Y aunque mil veces dictéis sentencia,
otras mil esas voces os serán devueltas.

Así será, si no enjuiciáis con rectitud
ante nuestro altivo y vasto silencio,
y si llegais a olvidar por un acaso
las palabras desaparecidas,
la desaparecida barbarie.

1964



PAÍSES DESNACIONALIZADOS

Aquí y allá sobre el erial un susurro de hierba,
unas peñas escasas con la garganta rasgada.

Eso es todo
lo que ha quedado del último estertor de la lengua.

Suspendidos en el espacio, ¿puedes verlos?,
unos círculos de aire vagan extraños,
son las sepulturas de los bailes.
¿Dónde quedaron las baladas, la epopeya, la memoria de la nación?
Su cementerio podrás hallarlo
allá donde encuentres de los truenos el osario.

1976



LA MALA HORA

Es por doquier una mala hora,
¿acaso es que no lo sientes?
El viento como con bronce en las costillas
silba en el interior del metro.

Las pintadas antes que la TV
difunden la noticia.
Con la garganta cortada un tren
al otro persigue entre la nieve.

Es momento de peligro, bajo los cuchillos
espera una nación tendida.
Como un obispo entristecido el horizonte
clama en favor de la piedad.

Un estado pide a gritos ayuda, otro
en sueños asesina a su vecino.
Desde la clínicas destruidas allá lejos
sopla un viento frío.

París, noviembre de 1991

LA TUMBA¹

Fuera han erigido la pirámide del oprobio
entre aullidos, ovaciones, cánticos.
Las ventanas he cerrado yo con tristeza
para que no penetre el ruido de esta hora, su polvo.

Páramos de minucias, de consignas.
Saharas de plenos. Nos cruje
entre los dientes el cuarzo de las frases,
muertas desde los años cuarenta.

Fuera han erigido la pirámide del oprobio,
de la peste, del *hoxha* negro,
mientras yo, junto al fuego de mi estudio,
en soledad, su sepultura ahondo.

Profunda esa tumba ha de ser
y así pueda engullir la pirámide entera,
y así que del foso jamás alcancen a salir
el *hoxha* ni tampoco su fantasma.

Cava y socava noche y día,
ahonda la zanja dantesca.
Por el arte de enterrador cambiaría
hace tiempo el título de poeta.

1986

Los anteriores poemas están incluidos en la *Antología* de la poesía de Ismail Kadaré que, seleccionada, traducida y anotada por Ramón Sánchez Lizarralde, aparecerá en fecha próxima en México bajo el sello de Ácrono Ediciones.

1. "La tumba". Este poema evoca la decisión, acabada de hacer pública, del CC del Partido comunista de erigir un mausoleo en honor del dictador albanés difunto, Enver Hoxha. En esa misma época Ismail Kadaré comienza a escribir su novela *La pirámide*. El poema y también la novela fueron publicados después de la caída del régimen.